

José Luis de Juan

La imagen cautiva

ediciones del
subsuelo

Barcelona 2024

© José Luis de Juan, 2024

© de esta edición **Ediciones del Subsuelo S.L.U. 2024**

c/ Nàpols, 282 5º 4ª - 08025 Barcelona

www.edicionesdelsubsuelo.com

ISBN: 978-84-126572-5-8

Depósito legal: B 1508-2024

© José Luis de Juan, de las fotografías

Ilustración de la portada:

Siegfried Kaden, *Hombre-caballo* (1991), litografía

Diseño de la cubierta: Elsa Suárez Girard

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Plaça Verdaguer, 1 – 08786 Capellades

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

Pour Ralf



Una imagen nos mantiene cautivos. Y no podemos huir de ella, pues descansa en nuestro lenguaje y el lenguaje parece repetírnosla de manera inexorable.

LUDWIG WITTGENSTEIN

Me recuerda a Rouault, dijo mi tío al ver lo que yo estaba pintando en la casa de mis abuelos, dijo Ralf, sentado bajo la pequeña claraboya que proyectaba una luz difusa sobre el bloc abierto con un dibujo esbozado a lápiz, en el que se veían personajes y objetos aún sin definir, mientras en el lado izquierdo se iban destacando trazos de color sangui-
na. Mi padre acababa de entrar en la sala y dijo a mi tío que echase un vistazo a lo que yo estaba pintando. ¿Quién demonios era ese Rouault? No lo supe hasta mucho después. Nadie me animó a seguir con los pinceles en la familia ni fuera de ella como lo hizo mi padre, y aún me pregunto por qué. No era un hombre con un particular sentido estético, aunque sin duda tenía un gusto innato para distinguir una pintura buena de otra que no lo fuese. Lo suyo era más bien la *ética*, si llegaba a la *estética* era gracias a su arraigado sentimiento moral y su amor al orden y a las reglas. Por eso dejó de ejercer de abogado, harto de componendas que le desagradaban, para entrar en la policía, donde se ocupaba de los mensajes en morse que se utilizaban aún entonces. Durante unos años fue el hombre mejor informado del archipiélago. Y el más discreto, jamás le oí contar un chis-

me sobre esos miles de mensajes cruzados que iban y volían bajo el mar. Un día, varios años después de que yo oyese por primera vez el nombre de Rouault, me dijo, señalándome con el índice oscilante: tú serás célebre. Creo que no se refería tanto a que alcanzase celebridad como artista y fuese muy conocido, sino más bien a una notoriedad vaga y en cierto modo misteriosa. Sé lo que quieres decir, intervine yo; a menudo, esa notoriedad proviene de un rasgo original que tiene la persona célebre, de su misma aura o ingenio, de la habilidad para transmitir algo inusual y dejar una impronta en la gente. Tal vez. No sé muy bien lo que mi padre tenía en mente acerca de mí. En aquellos días yo ocupaba una habitación en el piso en el que vivían mis abuelos Silvestre y Guadalupe, siguió diciendo Ralf. Allí me habían desterrado mis padres porque ya no cabíamos en nuestro piso al final de la misma calle Blanquerna, frente a la iglesia parroquial. Siendo el quinto de seis hermanos, cinco de ellos varones, la casa se nos había quedado pequeña. Recuerdo muy bien ese piso, dije yo, era un tanto laberíntico. Mi hermana necesitaba un cuarto para ella y los mayores se repartían en otros dos, de modo que ya les venía bien tenerme colocado, al menos para dormir, en casa de los abuelos. Y a mí también me convino ese exilio. Salía de cenar con la ruidosa *troupe*, caminaba algo más de cien metros y ya estaba en ese remanso de paz, sin gritos ni risotadas, lejos de los cachetes y las pullas de los hermanos mayores. Los abuelos me dejaban en paz. Allí podía leer con tranquilidad sin que nadie reclamase como suyo el libro que leía y me lo arrancase de las manos. Allí empecé a pintar a mis anchas. Hacer garabatos y emborronar

papeles y cartones desechados me mantenía clavado en un lugar hasta que el tiempo y el espacio se iban diluyendo en la misma materia que surgía de mi mano nerviosa, que ya empezaba a ser imparable, como la mano buena de un portero de fútbol.

La mano es a veces más determinante que el motivo que has pensado pintar o que la idea que tienes en mente, dije, pensando en el tiempo en que yo llenaba telas con pigmentos y con lo primero que tuviera cerca, desde trozos de cartón a polvo de bronce. Hay momentos que sí, dijo Ralf: algunas veces, mi mano sabe lo que tiene que hacer antes de que yo lo sepa. Pienso, por ejemplo, en aquella final con Spassky en Reikiavik cuando Fischer dudaba entre tres opciones y le quedaban sólo seis segundos para completar el movimiento. La mano decidió por él y ganó la partida y el campeonato por jaque mate en el movimiento 41. No se trata del *action painting*, me parece, dije yo, ni es una derivación de la escritura automática de los surrealistas llevada a la pintura. Por supuesto que no; Pollock pintaba de esa manera desbocada y nerviosa porque era alcohólico y por eso murió joven, antes de los cuarenta. Y tú eres lo contrario que Pollock, y yo no tanto, dije, pues hubo épocas en las que pintaba con una energía física de la que cualquier consigna mental parecía estar excluida. A menudo he pensado a lo largo de los años, continué diciendo al ver de lejos unas palabras escritas por Ralf con carboncillo en el

dorso de una tela apoyada en otras muchas en la estantería, que tu pintura viene sobre todo de la palabra, de la mente que se manifiesta en una frase, en un verso. Siempre me ha llamado la atención la importancia que dabas a los títulos de tus pinturas, incluso al más diminuto apunte, títulos que en ocasiones guardaban poca o ninguna relación con lo pintado. El título, dijo Ralf, es para mí la unión de lo exterior, que es la pintura, y lo interior, el impulso, la idea si quieres, la idea que ha llevado a dedicar esas horas exclusivas a una tela, a un papel o un canto rodado como aquellos que pintábamos en los setenta. No es necesario que tenga una conexión con lo representado; de hecho, intento que no la tenga, o al menos que no sea evidente. Sin embargo, a veces, en las pinturas de acontecimientos «actuales» o «políticos», que en algunas épocas me han ocupado bastante, el título es descriptivo en un sentido parecido al de las frases que solían acompañar los *sketches* de los dibujantes de prensa en otros tiempos. Me parece que para Picasso, dije yo, los títulos de sus obras carecían de importancia y quizá se los ponía su marchante en muchos casos, pues para Picasso lo que contaba eran el ojo y la destreza de la mano. No del todo, dijo Ralf, recuerda lo que decía Leonardo de que la pintura es *cosa mentale*, y que la mano de Picasso y sus ojos de toro se equivocaban algunas veces. He encontrado cuadros suyos en Instagram que son una birria, igual que sus poco inspirados títulos. No me sorprende, dije yo; Picasso pintaba mucho, tenía una vida amorosa *molto vivace* y no era un *man of letters*; en cambio, tú has dedicado más tiempo a la lectura que a manejar los pinceles, el lápiz o la espátula, de ahí ese énfasis por los

títulos de tus pinturas. La espátula nunca me ha ido bien, me corrigió él, mi mano la rechaza; lo he intentado en balde, en cambio tú sí la empleabas con destreza, por cierto. Has leído libros de lo más dispares, proseguí yo, libros que yo jamás llegaré a leer, porque necesitaría alcanzar los ciento veinte años para eso y conservar la vista. Creo que exageras, dijo Ralf, tú has leído libros que se me escapan y te olvidas de que Picasso escribía bien. De hecho, durante un tiempo, el genio se creyó poeta, tal vez por las concomitancias que había entre el arte y la literatura en los años de entreguerras. Nunca un pintor estuvo tan rodeado de escritores; piensa en Apollinaire, Cocteau, Jarry, Breton. Y, si no me equivoco, Picasso dejó de pintar durante dos años, algo increíble en aquel momento, cuando era el rey absoluto de la pintura y había triunfado con el cubismo. Según cuenta Gertrude Stein, estaba hecho un lío en esa época; de pronto se sentía escritor, todo palabras, basta de imágenes; fue entonces cuando escribió poemas llenos de comida (le salía el hambre de los primeros años, el hambre de Barcelona y luego el hambre aún más acuciante de París), y también aquella obra teatral, *El deseo atrapado por la cola*. Me sorprendió esa faceta de Picasso que Ralf estaba sacando a colación y yo tenía olvidada. En un rincón de la mesa había visto al llegar a su estudio el segundo tomo de *El hombre sin atributos*, que yo le había dejado semanas atrás. Había subrayado párrafos enteros con lápiz azul o rojo; Ralf es incapaz de leer nada, ni las instrucciones de una cafetera, sin tener un lápiz grueso con un extremo de mina azul y el otro rojo. Esperaba ahora que le prestase el tercer tomo de una obra magna de la cual yo apenas pude pasar de la

primera entrega, y eso fue hace muchos años, sin que hubiese sentido necesidad aún de reparar tal laguna. Puede resultar irritante Musil, dijo él sonriendo, esa sonrisa socarrona que reserva para sus gustos raros, casi exclusivos; apenas sucede nada en un buen puñado de páginas. Todo son arduos preparativos para un evento imperial y conversaciones anodinas, pero de pronto te encuentras con una observación, con una ráfaga insuperable de adjetivos o con una larga frase que te dejan sorprendido. Escucha esta frase del segundo tomo, que tengo subrayada: «Pintaba a la antigua, al estilo musical, salsa marrón con abanicos de pavo». La salsa marrón se las trae, dije yo, pero ¿qué será ese «estilo musical»? Nunca lo sabremos, afirmó Ralf, y no hace falta, pues toda la frase es un descubrimiento, una mínima revelación que queda como una voluta de humo en el aire y no acaba de disiparse. Ambos nos quedamos mirando el haz de luz de la claraboya que bajaba iluminando el dibujo que él había empezado ese mismo día antes de que yo llegase. ¿Y no serán tus títulos una manera de poner música al óleo o a la acuarela, o al elaborado dibujo en tinta china o con sanguina, como el que tienes aquí en marcha, que de otro modo podría resultar críptico para el observador que no acaba de «ver» lo pintado, que no «le suena», es decir, una guía para tuertos y duros de oído? Quizá, dijo Ralf, pero es que el título, igual que la pintura, es sólo para mí. A veces tengo la sensación de que se trata del puente que enlaza la realidad del cuadro con la nebulosa de mi mente, para hacerla tangible, convertirla en una imagen que huye entre mil imágenes en fuga. Además, no hay que olvidar el vocinglero personaje que hay en mí, el *poeta* si

quieres, ese que tiene que decir la primera y la última palabra antes incluso de mojar el pincel. Puede que sea la lírica persistencia de ese personaje vocinglero y reprimido que hay en Ralf, pensé yo para mí entonces, la que se encuentre en el corazón del pintor que firma sus obras con su segundo apellido, como Picasso. Puede que gracias a su mano poética que se posa en una superficie y junta luces y sombras, colores fríos y cálidos —más los primeros que los segundos—, se manifieste la personalidad artística de Ralf. El humo de Musil seguía danzando en el estudio y los dos nos quedamos callados. Leí hace poco algo muy interesante acerca de Burroughs, dijo de pronto él como si hubiese leído parte de mis pensamientos. Resulta que escribía sus cuadernos de notas en tres columnas: la primera columna contenía lo «exterior», lo que percibía o lo que le había sucedido durante una mañana —por ejemplo, en un trayecto en barco desde Tánger a Algeciras—, impresiones reflejadas de una manera aséptica y precisa; la segunda columna contenía las reflexiones que le habían producido esos hechos al margen de los hechos mismos, y la tercera eran citas de los libros que estaba leyendo esa mañana en el ferri cruzando el Estrecho, frases que tenían una enigmática relación con lo anterior (las cuales sin duda había subrayado), y que por eso mismo cuestionaban la inocencia o la falta de propósito explícito de la realidad. Burroughs, dije yo, no era nada inocente y tenía una certera espontaneidad, muy americana, que las drogas dejaron intacta. Llenaba pilas de cuadernos de notas con dibujos, frases recortadas y pegadas. Vi en Nueva York una exposición con material suyo inédito que me dejó asombrado. Quizá fue

eso lo que después, sin ser yo consciente, me llevó a concebir en aquella novela de título shakespeariano, título que tú te sacaste del magín cuando andabas embarcado rastreando las huellas del tarot en Shakespeare, ese personaje que, en Harvard, donde Burroughs se graduó, mutila y reescribe la obra romana de Gibbon en la biblioteca Widener. Me hubiera gustado ver esta exposición, dijo Ralf chasqueando la lengua, creo que nunca veré Nueva York. Tenía también el americano montañas de *cahiers* como tú, de los cuales sobrevivió tal vez un tercio, pues era poco sedentario e iba soltando lastre, muy a su pesar, para moverse de hotel en hotel. Ralf se quedó un rato ensimismado y dijo: es que a través de esa manía mía de cortar y pegar recortes de periódicos desde hace décadas, que es una especie de meditación, a veces, he ido perdiendo el sonido de las palabras. El reloj del mundo se para cuando selecciono, recorto y pego más aún que cuando pinto. Y no soy consciente de ningún parloteo de mi mente. Me llaman para comer y vuelvo en mí despacio, remolón como un niño en lo mejor del juego. Pienso cada vez más sin palabras, sin verbalizar mis «ideas» o ensoñaciones, las cuales casi pasan de puntillas, como un testigo que se esconde. Me aparecen imágenes, fijas o en movimiento, sobre todo cuando cierro los ojos en la siesta cada tarde, antes de que caiga en el sopor de un sueño profundo y a veces muy breve, de unos pocos minutos. Son imágenes que llegan de no sé dónde. Ni de películas ni de secuencias vividas, más bien son como una baraja de cartas que a medida que caen sobre un tapete verde se desvanecen transformándose en otras, que también se desvanecen sin que haya tenido tiempo de re-

tener qué cartas eran, ni siquiera ver a qué baraja o palo pertenecían. Hasta que caigo en un pozo y su luminosa negrura, lo que siempre me ha aterrorizado, ya sabes el trauma que me dejó aquel niño con el que jugaba, vecino de nuestra casa en Santa María, que cayó en un pozo y se ahogó. Entonces despierto y oigo los animosos comentarios sobre el tiempo de hoy y del pronóstico de mañana en el telediario. Y siento que esa invasiva realidad pertenece a un momento pasado, igual o parecido a este, que todavía sigue sucediendo cada tarde, cuando mi padre, que dormitaba en su butaca cada tarde ante la tele después de comer, de pronto despertaba y hacía callar a todos, que debíamos estar ya comentando las noticias de deportes, gritando: ¡el Tiempo, el Tiempo!